

TRES INÉDITOS

de Domingo Miliani

LA VIDA INTELECTUAL VENEZOLANA Y LA VISITA DE JOSÉ MARTÍ EN 1881

De caer vengo, del lado de la honra. Pero perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra. A servir modestamente a los hombres me preparo; a andar, con el libro al hombro, por los caminos de la vida nueva; a auxiliar, como soldado humilde, todo brioso y honrado propósito; y a morir de la mano de la libertad, pobre y fieramente (José Martí).¹

El hombre que escribía en Caracas esas frases el 28 de marzo de 1881, era un recién llegado. Tuvo la sinceridad interior de llorar ante la estatua de Bolívar. Venía de estar exiliado en España desde 1879. Venía de Nueva York en el vapor "Felisia". Venía de romper su relación con una esposa que lo expoliaba sin entenderlo y de una viuda amante que le abrió amorosamente, como su propio cuerpo, las puertas de Caracas con una carta para su prima Mercedes Smith de Hamilton, parienta lejana de Guzmán Blanco. Era Carmen Miyares, mejor conocida entre los revolucionarios cubanos de Nueva York, como Carmita Mantilla, por el apellido de su esposo Manuel. También era el hombre que tempranamente ofrendó su libertad casi adolescente a la lucha por la independencia de su país. Supo de la cárcel a los quince años y del primer exilio a los dieciocho. Primero en Madrid. Después en Nueva York. De ahí venía, con cartas de su amiga y de Nicanor Bolet Peraza, para intelectuales y políticos residentes en Caracas. Bolet Peraza, adversario de Guzmán Blanco, desde

el periódico *La tribuna liberal*, lo había instado a no viajar. Luego comprendió el propósito de aquel peregrinaje y cambió de opinión. Tal vez una de sus cartas fuera para el científico y luchador antiguzmancista Vicente Marcano.

Recién llegado de Madrid, en enero de 1880, Martí residió en la pensión de Manuel y Carmen Mantilla, en la calle 29, N° 51, de Nueva York. Manuel falleció poco después de la llegada de Martí. El lugar era sitio de confluencia y debate sobre Hispanoamérica. En marzo conoció al General Calixto García, disidente del pacto de El Zanjón, mediante el cual se había suspendido la guerra revolucionaria en Cuba. Martí se compromete a buscar recursos para invadir Cuba e iniciar de nuevo la insurrección libertadora. Un discurso en el Steck Hall, el 24 de enero, lo revela como orador brillante, líder intelectual de los nuevos procesos. García, Presidente del Comité Revolucionario de Nueva York, se marcha a los campos cubanos a combatir. Martí queda responsabilizado de coordinar el movimiento en el exterior y recabar fondos de apoyo. Con ese objetivo se embarca en el "Felisia" rumbo a La Guaira. Luego de un crucero de doce días con breves toques en Curazao y Puerto Cabello, desembarca el 20 de enero de 1881.

El país que conoce Martí estaba constituido por 1.271.726 Km² de superficie. Aún no le habían mutilado pedazos de su territorio. Estaba subpoblado con apenas 2.075.245 habitantes. La densidad demográfica era de 1.65 hab/Km². Caracas tenía una población de 55.638 habitantes. Constituía apenas el 2.7 % de la población total. Sumada la pequeña población de las parroquias foráneas o suburbios que alcanzaba a 14.235, el Distrito Federal llegaba a tener una población de 69.873 habitantes. Había 6.603 extranjeros entre quienes predominaban españoles (4.297), franceses (594), italianos (582) y alemanes (481).² Por la ciudad circulaban los primeros tranvías de caballitos, propiedad de la empresa *Tranvías Caracas*. La fachada del Convento de San Francisco es remodelada con un estilo neogótico, para alojar la Universidad Central y el Museo Venezolano, que dirigió hasta su muerte el sabio Adolfo Ernst. La Parroquia Catedral es el Centro histórico, político y cultural de la ciudad. En lo cultural están contiguas la Universidad, el Museo Venezolano y la Academia de Bellas Artes, frente al Capitolio Federal inaugurado en 1873.

El recién llegado se alojó en una casa de huéspedes, situada entre las esquinas de Altagracia y Mijares, cerca de lo que es hoy la Plaza Martí. Casi en seguida, Mercedes de Hamilton ofreció una recepción en su casa para dar la bienvenida a Martí y presentarle amigos del mundo literario y político. Entre ellos se encuentra el periodista liberal español Fausto Teodoro de Aldrey (1825-1886), quien lo invita a visitar el diario que dirige y a colaborar en él: *La opinión nacional*, vocero oficial del guzmancismo. El 28 de enero era cumpleaños del recién llegado. Ese día, *La opinión nacional* registra su llegada en una crónica donde se puede leer:

Don José Martí.- Este ilustrado escritor cubano, que en años pasados redactaba en México la Revista Universal, se halla en Caracas, donde se propone fijar su residencia. Hemos tenido el gusto de tratarlo en la visita que se ha dignado hacernos y se ha grangeado nuestras sinceras simpatías. Deseamos cordialmente que sea feliz entre nosotros para que adopte a Venezuela como su segunda Patria, tangenerosa y providente como la que le dio el ser.

La amistad con Aldrey le abrió a Martí inmediatos contactos con escritores positivistas y modernistas. Tres de los primeros a quienes conoció en casa de los Hamilton fueron Arístides Rojas (1826-1894), Diego Jugo Ramírez (1836-1903) y Guillermo Tell Villegas (1823-1907). Como se ve, eran algo mayores que él, nacido en 1853. Pero el encanto de la plática martiana los atrajo de inmediato. Villegas le abre las aulas de su colegio para que imparta lecciones. Jugo Ramírez será uno de sus más entrañables interlocutores caraqueños. Comprende los proyectos revolucionarios de Martí, como nadie. Conocía de referencia dos opúsculos publicados por Martí en España: *El presidio político en Cuba* (1871) y *La República española ante la revolución cubana* (1873). Militar de carrera, graduado en la Academia de Matemáticas que había fundado Juan Manuel Cagigal, había luchado en la Revolución Federal donde obtuvo el grado de Coronel. Retirado a la vida civil, formó parte de la Asamblea Popular, celebrada en Caracas el 5 de julio de 1869 y en la cual se pidió el reconocimiento de las luchas libradas por el Partido Republicano para lograr la independencia de Cuba y Puerto Rico. Había publicado un libro de poemas prologado por otro escritor que terminaría convertido en entrañable amigo de Martí. Es Heraclio Martín de la Guardia (1829-1907)

Este militar y dramaturgo, amigo personal de Cecilio Acosta, fue el puente de Martí hacia el gran humanista.

Jugo Ramírez, Arístides Rojas y Guillermo Tell Villegas tuvieron la iniciativa de solicitar a los directivos del Club del Comercio, el poeta Eloy Escobar (1824-1889) y Antonio José Ponte, la participación de Martí en una velada artístico literaria. Los tres escribieron una carta a los directivos del centro cultural el 8 de marzo. La respuesta afirmativa está fechada cuatro días después. Allí mismo se anuncia la invitación a una tertulia para el viernes 18 de marzo.

En el programa de aquella noche, una dama, Trina Mestres y un tenor, Fernando Michelena, interpretan la romanza "Non e vero", de *Il Trovatore* de Verdi. Un violinista ciego de apellido Meyer, interpreta al violín "El Carnaval de Venezia" y otro joven, Guillermo Smith, interpreta la Sonámbula, en el cornetín de pistón. Eloy Escobar declamó la "Oda a Colón", de Rafael María Baralt. Aquel repertorio musical no fue azaroso. Respondía a uno de los mayores acontecimientos de la vida cultural caraqueña. El 1 de enero de 1881, había ocurrido la inauguración del "Teatro Guzmán Blanco", hoy Teatro Municipal. Fue puesto en escena el "Hernani" de Víctor Hugo. Tres semanas antes, el empresario Fortunato Corvaia había vendido abonos para treinta funciones en dos series. En esa inauguración se produjo una sucesión de grandes óperas: "La Traviata", "Fausto", "Un baile de máscaras", "La Favorita", "Ione" y "La Africana". Intervino también con carácter inaugural la "Compañía Infantil Venezolana", en la cual destacó el niño Teófilo Leal.³

En aquella velada correspondió a Martí el discurso de clausura. Causó una impresión extraordinaria. Particularmente los jóvenes intelectuales que lo oyeron, quedaron impactados. Ellos eran, entre otros, Juvenal Anzola (1862-1928), César Zumeta (1863-1955), José Gil Fortoul (1851-1943) y Luis López Méndez (1863-1891). Casi de inmediato, algunos asistentes, solicitaron de Martí que les impartiera algunas clases de oratoria. Las dictó por las noches en el Colegio de don Guillermo Tell Villegas, donde enseñaba también, durante el día, las primeras nociones de francés. El grupo lo integraron David Lobo (1861-1924), Lisandro Alvarado (1858-1929), Víctor Manuel Mago, José Mercedes López, José Elías Landínez, Gonzalo Picón Febres (1860-1918), y los promotores de la iniciativa: Gil Fortoul, López Méndez, Zumeta, Alfonzo.

La vida intelectual de aquel año fue decisiva en los cambios de concepción estética y política. En lo estético el Romanticismo entraba en fase final por desgaste y el Modernismo comenzaba a enunciarse vespéralmente. En lo político, los positivistas y evolucionistas fundaban la Sociedad de Amigos del Saber, cimentaban la ciencia moderna y revisaban la historia contemporánea. El contexto francófilo construido por Guzmán Blanco no fue solo arquitectónico. La Constitución es reformada el 27 de abril para reordenar el territorio. Los veinte estados de la Federación quedan reducidos a nueve territorios: Oriente, Guzmán Blanco, Carabobo, Sur de Occidente, Norte de Occidente, Andes, Bolívar, Zulia y Falcón.

Martí, al regreso de su viaje por Venezuela, describiría el ambiente cotidiano, social e intelectual caraqueño dentro del cual convivió. Concibe la crónica para un lector medio norteamericano o, en todo caso, extranjero. Su imagen es esta:

En Venezuela, hay *isleños*, nativos de las islas Canarias, una posesión española, hombres rutinarios, de poco alcance mental, de mano pesada, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras, y venden su leche. Cultivan el maíz. Hay alguno que otro francés, artesano de mérito, cocinero, barbero, zapatero, sastre. Hay alemanes, que tienen el arte de vender bien lo que elaboran mal. Hay italianos que comercian con frutas, tocan el órgano, viven hacinados en un miserable apartamento y limpian zapatos. Es, pues, imposible la unión entre esa tierra y esos hombres.

En la ciudad, una vida rara semipatriarcal, semiparisiense, espera a los forasteros. Las comidas que en ella se sirven, exceptuando algunos platos del país, las sillas para sentarse, los trajes que se usan, los libros que se leen, todo es europeo. La alta literatura, la gran filosofía, las convulsiones humanas, les son del todo familiares. En su inteligencia, como en su suelo, cualquier semilla que se riegue fructifica. Son como grandes espejos que reflejan la imagen aumentándola: verdaderas arpas eolias, sonoras a todos los ruidos. Sólo que se desdeña el estudio de las cuestiones esenciales a la patria; -se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales; se quiere aplicar sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas económicas nacidas de elementos completamente diferentes. Allí se conocen admirablemente las intimidades de Víctor Hugo, los chistes de Proudhon, las hazañas de los Rougon Macquart y *Naná*. En materia de República, después que imitaron a los Estados Unidos, quieren imitar a Suiza: van a ser gober-

nados desde febrero próximo por un Consejo Federal nombrado por los Estados. En literatura tienen delirio por los españoles y los franceses. Aunque nadie habla la lengua india del país, todo el mundo traduce a Gautier, admira a Janin, conoce de memoria a Chateaubriand, a Qinet, a Lamartine. Resulta, pues, una inconformidad absoluta entre la clase dirigente y las necesidades reales y urgentes del pueblo que ha de ser dirigido.⁴

No faltaba razón al joven poeta en sus apreciaciones. En efecto, el romanticismo “crepuscular” y el simbolismo en literatura, el positivismo y evolucionismo en filosofía y pensamiento científico, saturaban el aire intelectual de la pequeña ciudad. Aún no se habían concretado las grandes reflexiones sociohistóricas de Gil Fortoul y Vallenilla Lanz, y había que esperar más de una década para disfrutar del gran inventario intelectual del país: el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes* (1895). La mayoría de la intelectualidad giraba alrededor de Guzmán. La oposición estaba fuera del país o refugiada en algunos periódicos satíricos sobre los cuales se ejercía alguna represión. Figuras de la estatura científica de Adolfo Ernst se doblegaron ante la egolatría de Guzmán. El sabio le impartía clases privadas de inglés en su Despacho presidencial y recibía la protección de Guzmán para realizar la obra de divulgación e investigación científica. Y es de justicia apuntar que la investigación científica moderna arranca del período comprendido entre 1870 y 1883. Al menos así lo señala Héctor Pérez Marchelli.⁵ Abundaron las publicaciones científicas como no se ha vuelto a repetir en la historia intelectual del país. Los descubrimientos en Química, realizados por Vicente Marcano, el primer ordenamiento bibliográfico riguroso de nuestro patrimonio intelectual impreso, realizado por Frydensberg, así como las labores de documentación sobre Bolívar sistematizadas por Ramón Azpúrua, Director de Obras Públicas de Guzmán en 1881, los trabajos taxonómicos de Ernst, Arístides Rojas y Alvarado, eran ya fundamentos sólidos de una indiscutible modernidad intelectual.

Ya vimos la relación de amistad y admiración que profesó don Arístides al héroe cubano. Alvarado lo conoce por su discipulado humanístico al lado de Cecilio Acosta. En cuanto a Vicente Marcano, se sabe que ayudó como médico y enfermero, al pueblo francés en la guerra franco-prusiana de 1870. Su combatividad antiguzmancista le gana persecución, exilio y ataques públicos. Uno de éstos lo “acusa”, honrosamente, de haber sido

observador simpatizante de la Comuna parisina de 1872. De otra parte, Marcano fue testigo presencial de una agresión contra Bolet Peraza, protagonizada por Marco Antonio Silva Gandolphi, incondicional del guzmancismo, quien disparó su revólver contra el escritor satírico cuando salía de su periódico *La Tribuna Liberal*. Bolet se marchó al exilio en Nueva York donde conoció a Martí. Silva Gandolphi fue nombrado Gobernador del Distrito Federal y Director de Instrucción Pública. Es imposible que Bolet Peraza no le hubiera contado a Martí aquel incidente, como también que Martí no conociera al eminente científico venezolano durante su viaje a Caracas. Ese año de 1881, Marcano ocupaba la atención del mundo científico por los trabajos sobre fermentación de frutas que dieron pie al descubrimiento del Ananace, un antiinflamatorio derivado de la piña.⁶

El mundo político y el intelectual se confundían entonces. Una excepción era don Cecilio Acosta, en cuya residencia de Velásquez a Santa Rosalía asistió Martí a algunas tertulias literario-políticas no adictas a la autocracia. No obstante, esa confusión indujo a Fausto Teodoro de Aldrey a uno de sus más grandes errores con el digno escritor cubano: insinuarle que escribiera en elogio de Guzmán Blanco. Guzmán llamó a Martí para una entrevista privada. Se produjo el 27 de julio. No se supo ciertamente de qué hablaron. Fue el final de la visita y de los proyectos de Martí en Venezuela. Se marchó al siguiente día en el vapor alemán "Claudius". Arístides Rojas le ayudó a costear aquel intempestivo retorno al Norte. Personalmente había pensado continuar en Caracas para organizar la solidaridad con la independencia de su país, a tiempo que Carmen Mantilla, de quien se presume tuvo una hija, regresaría a Caracas para juntarse con él. No fue así. Martí regresa a Nueva York. Lleva en el equipaje un libro de poemas escrito en la capital venezolana: *Ismaelillo*. Una nostalgia de sus grandes amigos y las notas de viaje en las cuales no sin dolor había escrito, a la vuelta y en Nueva York, un párrafo donde observa cómo la banalidad y el lujo de la clase "inteligente" de Caracas corroían las capacidades y conducía al servilismo intelectual:

El don de la inteligencia les parece un derecho a la holgazanería: se entregan, pues, a los placeres costosos del lujo intelectual, en lugar de mirar a la tierra, trabajarla afanosamente, arrancarle sus secretos, explotar sus maravillas y acumular su fortuna por medio del ahorro diario, al igual que como por el constante goteo se forma la estalactita, se

tienden sobre la tierra, impidiéndole abrirse, y sueñan. Pero viene el amor, el amor de una mujer distinguida, el amor sudamericano rápido como una llama, imperativo y dominador, exigente y morboso. Hay que casarse, poner casa lujosa, vestir bien a los hijos, vivir al uso de las gentes ricas, gastar, en resumen, mucho dinero. ¿Dónde ganarlo en un país pobre? Y se habla entonces, y se escribe, para el Gobierno que paga, o para las revoluciones que prometen; se ponen a los pies de los amos, que odian a los talentos viriles y gozan destruyendo los caracteres, venciendo a la virtud, refrenando a la inteligencia. La clase intelectual y culta está así desacreditada y como aniquilada por ese servilismo vergonzoso, a tal extremo que se mira ya con justificada desconfianza a los literatos, -el gobierno es de los fuertes y de los audaces. Los jefes de renombre se rodean de los literatos en desgracia. Los mantienen, por su audacia y sus medios de fuerza, en su posición de riqueza fugaz: los literatos les pagan dando apariencia y forma de legalidad a las voluntades del amo. ¡Y qué héroes ha producido esa tierra! Al observar el vigor con que su valentía acaba de ser recordada por un joven dotado de gran talento, Eduardo Blanco, en su libro que brilla como una lámina de oro, *Venezuela Heroica*, diríase que puesto que se comprende siempre a los héroes, se podría serlo también. Pero si los hombres inteligentes de Venezuela, bastante numerosos y notables para ser tratados como clase, pudieran desear un amor más vivo por la independencia personal, y una aplicación más útil, más directa, más patriótica de sus fuerzas, hay en ellos, como en toda la gente del país, una condición que seduce: la grandeza de corazón.⁷

Justifico la extensión de la cita porque es un trabajo de Martí poco difundido. Esas notas fueron quizás el espejo de nostalgias donde se miró el escritor y el revolucionario. Fueron posiblemente las reflexiones que lo impulsaron a dejar Caracas. El regreso a Nueva York fue poblado de "horas venezolanas", compartidas con escritores que enfrentaron el guzmancismo: Bolet Peraza, Pérez Bonalde, Gutiérrez Coll. De manos suyas nació el apoyo para que *Ismaelillo* adquiriera forma impresa. Continuó enviando colaboraciones a *La opinión nacional*, hasta el día en que Aldrey insiste en pedirle colaboraciones de alabanza a Guzmán Blanco. Años más tarde, en carta a Manuel Mercado, confesará Martí el motivo de que no apareciera más en Caracas su "Sección constante", a menos que: "consintiese en alabar en ella las abominaciones de Guzmán Blanco"⁸. Y también aquella lectura de Eduardo Blanco le revivió arquetipos heroicos para las luchas que se avecinaban. Cuando se marche al campo de batalla,

la sangre y la memoria venezolanas estarán presentes en la dedicatoria que escribe en el "Diario de Montecristi a Cabo Haitiano" (1895). Es para Carmen y María Mantilla. Encierra toda la ternura que va entornando su peregrinaje de héroe y dice: "Mis niñas: Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que les mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar un hombre, iba pensando en Vds. Su M."

En su terca pasión revolucionaria crece la imagen del hombre que llega a la sencillez rural de quien siente pueblo latiendo adentro. Se escucha el respirar del insomne, por aquello de que "duerme mal el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Es una deserción". Y en los insomnios el libro es su compañía. Ha logrado pues la difícil convivencia del intelectual que lee y escribe vorazmente, el revolucionario de sensibilidad social en carne viva y el hombre que ha descubierto la dignidad de la pobreza y la humildad como expresión de altivez moral.

NOTAS Y REFERENCIAS:

- ¹ Carta a Fausto Teodoro de Aldrey, publicada en *La opinión nacional*, N° 3535, Caracas, 24 de marzo de 1881. Citada por Aurelio Alvarez Echezarreta, *Martí y Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Corporación Venezolana de Fomento, 1977.
- ² Datos de Pedro Cunill. Cf. "El país geográfico en el Centenario del Nacimiento del Libertador". En: *Venezuela 1883*. Vol. I. Caracas: Ediciones Conmemorativas del Nacimiento de El Libertador Simón Bolívar, 1983. p. 227.
- ³ Cf. Jesús Rosas Marcano. "La vida cotidiana de la Caracas guzmancista". En: *Venezuela 1883*. Vol. II. p. 16.
- ⁴ J. Martí. "Un viaje a Venezuela". En: *Viajes/ Diarios/ Crónicas/ Juicios. Obras completas*. La Habana: Edics. de Ciencias Sociales, 1975; vol. 19, pp. 159-160.
- ⁵ "La ciencia y la tecnología". En: *Venezuela 1883*, vol. III, pp. 73 ss.
- ⁶ Cf. Pérez Marchelli, *op cit.*, pp. 87-89.
- ⁷ "Un viaje...", p. 161.
- ⁸ Carta a Manuel Mercado, fechada en Nueva York el 13 de septiembre de 1885. Citada por Alvarez Echezarreta, *op cit.*, p. 41.